

pios, su impotencia para crear nada vital, necesita para ser bien conocido encarnar en un hombre. La unidad de la personalidad, la potencia de las facultades llamada genio, no sirven de nada si este hombre y este genio lleva en sí una lucha de ideas, principios y doctrinas que se hacen guerra encarnizada.

No conozco espectáculo más triste para la naturaleza humana que el que allí ofreció Mirabeau.

Habla en Versalles en pro del *veto* absoluto, pero en tan oscuros términos, que no se sabe si habla en pro ó en contra.

Aquel mismo día en París sostienen sus amigos en el Palais-Royal que Mirabeau ha combatido el *veto*. Inspiraba tanta adhesión personal á los jóvenes que le rodeaban, que no dudaron en mentir á sabiendas para salvarle. «Le amo como una querida», dijo Camilo Desmoulins. Sabido es que uno de los secretarios de Mirabeau intentó suicidarse al verle muerto.

Los embusteros, exagerando la mentira, como ocurre siempre, para que sea más fácilmente creída, afirmaron que á la salida de la Asamblea Mirabeau había sido esperado, seguido y herido traidoramente con una espada.

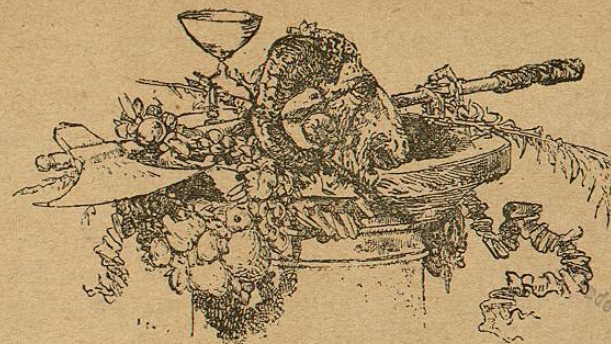
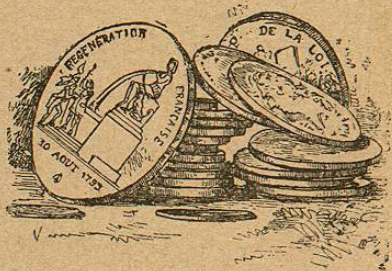
El Palais-Royal se conmovió y alborotó, conviniendo todos en que era preciso constituir una guardia de doscientos hombres para el pobrecito Mirabeau.

En aquel raro discurso sostuvo el viejo sofisma de que la sanción real era una garantía de la libertad, que el rey era una especie de tribuno del pueblo, su legítimo representante.—Un representante irrevocable, irresponsable y que no rinde nunca cuentas.

Era Mirabeau sinceramente realista, y como tal, no tuvo escrúpulo de recibir más tarde una pensión. Decía que, después de todo, no defendía más que sus propias convicciones.

Algo le corrompía más que el dinero, lo que menos hubiera podido adivinarse en aquel hombre de tal virilidad en los ademanes y el lenguaje. ¿Qué? ¡Tenía miedo!

Miedo de la Revolución que aumentaba, que crecía... Veía al joven gigante dominándole, arrastrándole... Y entonces se refugiaba en el orden antiguo, verdadero desorden, verdadero caos... En aquella lucha imposible salvóle la muerte de la deshonra.



CAPITULO VII

La prensa

Agitación de París por la cuestión del veto, 30 de Agosto.—Estado de la prensa.—Aumento de los periódicos.—Tendencias de la prensa.—La prensa es todavía realista.—Loustalot, redactor de «Las Revoluciones de París».—Su proposición del 31 de Agosto; es rechazada en el Hotel de Ville.—Complot de la corte conocido por Lafayette y por todo el mundo.—Comienza la oposición de la guardia nacional y del pueblo.—Conducta incierta de la Asamblea.—Volney propone sea disuelta, 18 de Septiembre.—Impotencia de Necker, de la Asamblea, de la corte, del duque de Orleans.—La prensa misma también impotente.

Acabamos de ver dos cosas: la situación era intolerable, la Asamblea era incapaz de poner remedio.

¿Podría destruir las dificultades un movimiento popular? Esto no podía realizarse más que siendo el movimiento del pueblo espontáneo, vasto, unánime, como lo fué el 14 de Julio.

La efervescencia era grande, la agitación viva, pero todavía parcial.

Desde el primer día que fué planteada en la Asamblea la cuestión del veto (el domingo 30 de Agosto), París entero se alarma; el *veto* absoluto aparece como la anulación de la soberanía del pueblo.

Como casi siempre, el Palais-Royal se coloca á la vanguardia. Acordó enviar una comisión á Versalles á advertir á la Asamblea que se notaba en su seno una liga favorable al veto, que se sabía el nombre y número de los comprometidos y que si no renunciaban á su propósito París estaba decidido á ponerse en marcha é ir á Versalles.

En efecto, algunos centenares de hombres partieron á las diez de la noche; marchaba á su cabeza un hombre ciego, violento y admirado de la multitud por su fuerza corporal y su voz estentórea, el marqués de Saint-Huruge.

Prisionero del antiguo régimen por petición de su mujer, linda, galante y de mucha reputación, era un enemigo furioso del antiguo régimen, un campeón ardiente de la Revolución.

En los Campos Eliseos la gente que conducía, ya bastante dismi-

nuída, encuentra un grupo de guardias nacionales enviados por Lafayette que impedían el paso.

El Palais-Royal envió uno tras otro tres ó cuatro comisionados al Hotel de Ville para obtener el pase. Queríase hacer la expedición legalmente, con el consentimiento de la autoridad. Inútil es decir que no se consiguió.

Entre tanto, otra tentativa se hacía en el Palais-Royal. Cualquiera que fuese su resultado, debía producir al menos el de poner la gran cuestión del día á discusión en todo París; así no podría ser decidida y resuelta por sorpresa en Versalles.

París miraba á la Asamblea, la vigilaba por su pueblo, por su prensa y por su Asamblea, por la gran Asamblea parisién, una, aunque dividida en sus sesenta distritos.

El autor de la proposición era un joven periodista.

Antes de referirla debemos dar una idea del movimiento que en la prensa se realizaba.

Aquel despertar súbito de un pueblo llamado de pronto á conocer sus derechos, á decidir de su suerte, había condensado toda la actividad del tiempo en el periodismo.

Los espíritus más especulativos habíanse sentido arrastrados al terreno de la práctica.

Toda ciencia, toda literatura quedó paralizada; la vida política lo absorbió todo.

En aquel gran momento de 1789 hubo una verdadera erupción de periódicos.

1. En Mayo y Junio, con motivo de la apertura de los Estados generales, nacen una multitud. Mirabeau publica *El Correo de Provenza*, Gorsas *El Correo de Versalles*, Brissot *El Patriota Francés*, Barriere otro, etc., etc.

2. La víspera del 14 de Julio aparece el más popular de todos los periódicos: *Las Revoluciones de París*, redactadas por Loustalot.

3. Los días 5 y 6 de octubre aparecen *El Amigo del Pueblo* (Marat), *Los Anales Patrióticos* (Carra y Mercier). Poco después Camilo Desmoulins publica *El Correo de Brabante*, el más espiritual de todos seguramente, y luego aparece uno de los más violentos, *El Orador del Pueblo*, de Fréron.

El carácter general de este gran movimiento que lo hace digno de admiración, es que á pesar de las nubes que llenan el horizonte, hay casi unanimidad. Solo un periódico disiente. La prensa ofrece la imagen de un vasto concilio, donde cada uno habla preocupado del interés común, evitando toda mutua hostilidad.

La prensa en esta primera edad, luchando contra el poder central, manifiesta generalmente la tendencia de fortificar los poderes locales y exagerar los derechos de la comunidad contra el Estado.

Si se pudiera ya emplear el lenguaje de los tiempos que van á venir,

podría decirse que en aquella época todos parecían *federales*. Mirabeau no lo fué tanto como Brissot ó Lafayette. Este admitía la independencia de las provincias en el caso de que la libertad llegase á ser imposible para Francia entera. Mirabeau se resignaba á ser conde de Provenza; él lo dice en esos mismos términos.

A pesar de todo eso, la prensa que luchaba contra el rey es en general realista.

«No éramos entonces—dice Camilo Desmoulins—más de diez republicanos en toda Francia.» No hay que preocuparse de la trascendencia de la frase.

En 1788 el violento d'Eprenesnil había dicho: «Es preciso *desborbonizar* á Francia.» Pero era solamente para hacer rey al Parlamento.

Mirabeau, que parecía condenado á ser víctima de todas las contradicciones, hizo traducir é imprimir con su nombre en 1789, en el momento mismo en que tomaba la defensa de la realeza, el violento librito de Milton contra los reyes. Sus amigos recogieron la edición.

Dos hombres trabajaban por la república: uno de los más fecundos escritores de la época, el infatigable Brissot y el brillante, el elocuente, el mordaz Camilo. Su libro la *Francia libre* contiene una historieta violentamente satírica de la monarquía. Allí demuestra que este principio de orden y de estabilidad ha sido en la práctica un perpetuo desorden. La realeza hereditaria, para librarse de todos los inconvenientes que le son inherentes, tiene una palabra que responde á todo: la paz, lo cual no ha impedido que por las minorías de los reyes y las querellas de sucesión, á poco más tiene Francia una guerra perpetua: guerras de ingleses, guerras de Italia, guerras de la sucesión de España (1), etc.

Robespierre ha dicho que la República se había introducido en los partidos sin que nadie lo notase. Más exacto hubiera sido diciendo que la realeza misma la había introducido y había antes preparado todos los espíritus.

Si los hombres renuncian á gobernarse ellos mismos es porque la realeza se presenta como una simplificación que facilita y libra de esfuerzos y virtudes... Pero, ¿y cuando es un obstáculo?...

Se puede afirmar que la realeza enseña el camino de la República, que la realeza ha obligado á Francia á alejarse, desconfiar y pensar.

Por suerte, el primer periodista de la época no era Mirabeau, ni Camilo Desmoulins, ni Brissot, ni Condorcet, ni Mercier, ni Carra, ni Gorsas, ni Marat ni Barrere.

Todos publicaban periódicos, algunos de gran tirada. Mirabeau tiraba diez mil ejemplares de su famoso *Correo de Provenza*.

Las Revoluciones de París tiró de algunos de sus números hasta doscientos mil ejemplares, la más extensa publicidad que jamás se ha

(1) Sismondi ha demostrado por un cálculo exacto, sobre un período de 500 años, que las guerras han sido más frecuentes y más largas en las monarquías hereditarias que en las electivas; siendo esto efecto natural de las minorías, querellas de sucesión, etc.

alcanzado (1). El redactor no firmaba. El impresor firmaba Prud'homme. Este nombre ha llegado á ser uno de los más conocidos del mundo. El redactor desconocido era Loustalot.

Loustalot, muerto en 1790, á los veintinueve años era un hombre serio, honrado y laborioso. Escritor mediocre, pero grave, de una gravedad apasionada, su originalidad real consistía en contrastar con la ligereza de los periodistas del tiempo. En su violencia misma se nota un esfuerzo de la voluntad para ser justo. El pueblo le prefiere á todos.

No era indigno de esta preferencia. Al comienzo de la Revolución dió más de una prueba de animosa prudencia.

Cuando los guardias franceses castigados fueron librados por el pueblo, declaró que no había más que una solución para aquel asunto: que los prisioneros libertados volviesen espontáneamente á sus cárceles, y que los electores, la Asamblea nacional, exigiesen del rey el perdón para ellos.

Cuando un movimiento popular puso en peligro al buen La Salle, el bravo comandante de la ciudad, Loustalot tomó su defensa, lo justificó y tranquilizó los espíritus.

En el alboroto de los criados que pedían la muerte de los saboyanos, se mostró tan firme y severo como juicioso.

Verdadero periodista, era hombre del día, no del día siguiente.

Cuando Camilo Desmoulins publicó su libro *Francia libre*, donde suprime al rey, Loustalot calificólo de exagerado, y á pesar de tributarle varios elogios, llamó á Camilo, *cabeza exaltada*.

Marat, poco conocido entonces, atacó violentamente á Bailly en el *Amigo del Pueblo* y Loustalot lo defendió como hombre y como funcionario.

Ejercía el periodismo como una función pública, como un sacerdocio, una especie de magistratura. Sin tendencia alguna á las abstracciones, viviendo únicamente en la multitud, sintiendo y viendo sus necesidades y sufrimientos, se ocupa, ante todo, de las subsistencias, de la gran cuestión del momento, del pan. Propone que se adquieran máquinas para moler el trigo más pronto. Va con frecuencia á Montmartre á ver á los infelices á quienes allí se ha dado trabajo.

Loustalot encontraba en la bondad de su corazón palabras consoladoras, de una compasión dolorosa, para aquellos desventurados que á fuerza de miseria habían perdido la forma humana, para aquel deplorable ejército de fantasmas ó esqueletos que causaban más que piedad terror.

París no podía permanecer así.

Era preciso destruir la realeza absoluta y fundar la libertad.

En la mañana del lunes 31 de Agosto, encontrando Loustalot los espíritus más tranquilos que en la noche del domingo, pronunció una arenga en el Palais-Royal.

(1) Téngase en cuenta la fecha en que Michelet escribió esta obra. (Nota del traductor.)

El remedio—dijo—no está en ir á Versalles. Y presentó una proposición menos violenta, más hábil.

Consistía ésta en ir al Hotel de Ville y obtener la convocatoria de los distritos, y en estas asambleas presentar estas cuestiones:

1.º ¿Cree París que el rey tiene el derecho del veto?

2.º ¿París puede confirmar ó anular el nombramiento de sus diputados?

3.º ¿Podemos darles un mandato especial para rechazar el veto?

4.º ¿Debemos pedir á la Asamblea que aplaque la discusión?

La medida propuesta, eminentemente revolucionaria, ilegal (anti-constitucional, si hubiera habido constitución), respondía tan profundamente á las necesidades del momento, que pocos días después fué reproducida, en su parte principal, en lo referente á la disolución de la Asamblea, en la Asamblea misma, por uno de sus más eminentes miembros.

Loustalot y la comisión del Palais-Royal fueron muy mal recibidos en el Hotel de Ville, rechazada su proposición, y al día siguiente el mismo Loustalot acusado en la Asamblea.

Una carta amenazadora que había recibido el presidente con la firma de Saint-Hururge falsificada, acabó de irritar los espíritus.

Saint-Hururge fué detenido y la guardia nacional aprovechó un momento de tumulto para cerrar el café de Foy.

Las reuniones del Palais-Royal fueron prohibidas y disueltas por la autoridad municipal.

Lo raro es que el ejecutor de estas medidas, Lafayette, en aquellos momentos y toda su vida había sido republicano de corazón.

Toda su vida soñó en la República y sirvió á la realeza.

Una realeza democrática ó una democracia real pareciale transición necesaria. Deseaba estas dos experiencias para llegar á su ideal.

La corte divertía á Necker y á la Asamblea, pero no engañaba á Lafayette. Y entretanto Lafayette la servía, conteniendo á París.

El horror de las primeras violencias populares, de la sangre vertida, le hacía retroceder ante el temor de un nuevo 14 de Julio.

Pero la guerra civil que preparaba la corte ¿costaría menos sangre? Grave y delicada cuestión para el amigo de la humanidad.

Lafayette lo sabía todo. El 13 de Septiembre le acompañó á comer en su casa el viejo almirante d'Estaing, comandante de la guardia nacional en Versalles, y de él supo las noticias de la corte que ignoraba.

Aquel bravo hombre, que se creía en posesión de las más íntimas confidencias del rey y de la reina, supo que se había vuelto á pensar en el fatal proyecto de trasladar al rey á Metz, es decir, comenzar la guerra civil; supo que Breteuil lo preparaba todo de acuerdo con el embajador de Austria, que se acercaban á Versalles mosqueteros, gendarmes y 9.000 soldados de la casa del rey, á cuya cabeza se pondría un hombre de acción, el barón de Viomenil, que había luchado en casi todas las guerras del siglo, recientemente en la de América, y que se había